

# Los socios mediterráneos ante las nuevas fronteras de la UE

**Slimane Bedrani**

Centre de Recherche en Économie  
Appliquée (CREAD), Argel

Para Europa, el año 2004 supone un momento histórico debido al ingreso en la Unión Europea de diez nuevos miembros que cambiarán completamente su estructura actual. Pero evidentemente el proceso de ampliación y la constitución de nuevas fronteras tendrán consecuencias decisivas para los países terceros. Los socios mediterráneos deberán enfrentarse al desafío de la ampliación y a los posibles cambios que dicha ampliación ocasionará en sus relaciones con una Unión Europea integrada por veinticinco países. ¿Qué pueden esperar dichos países de la ampliación de la Unión Europea? ¿Su situación económica y social corre el riesgo de deteriorarse, o bien promete mejorar?

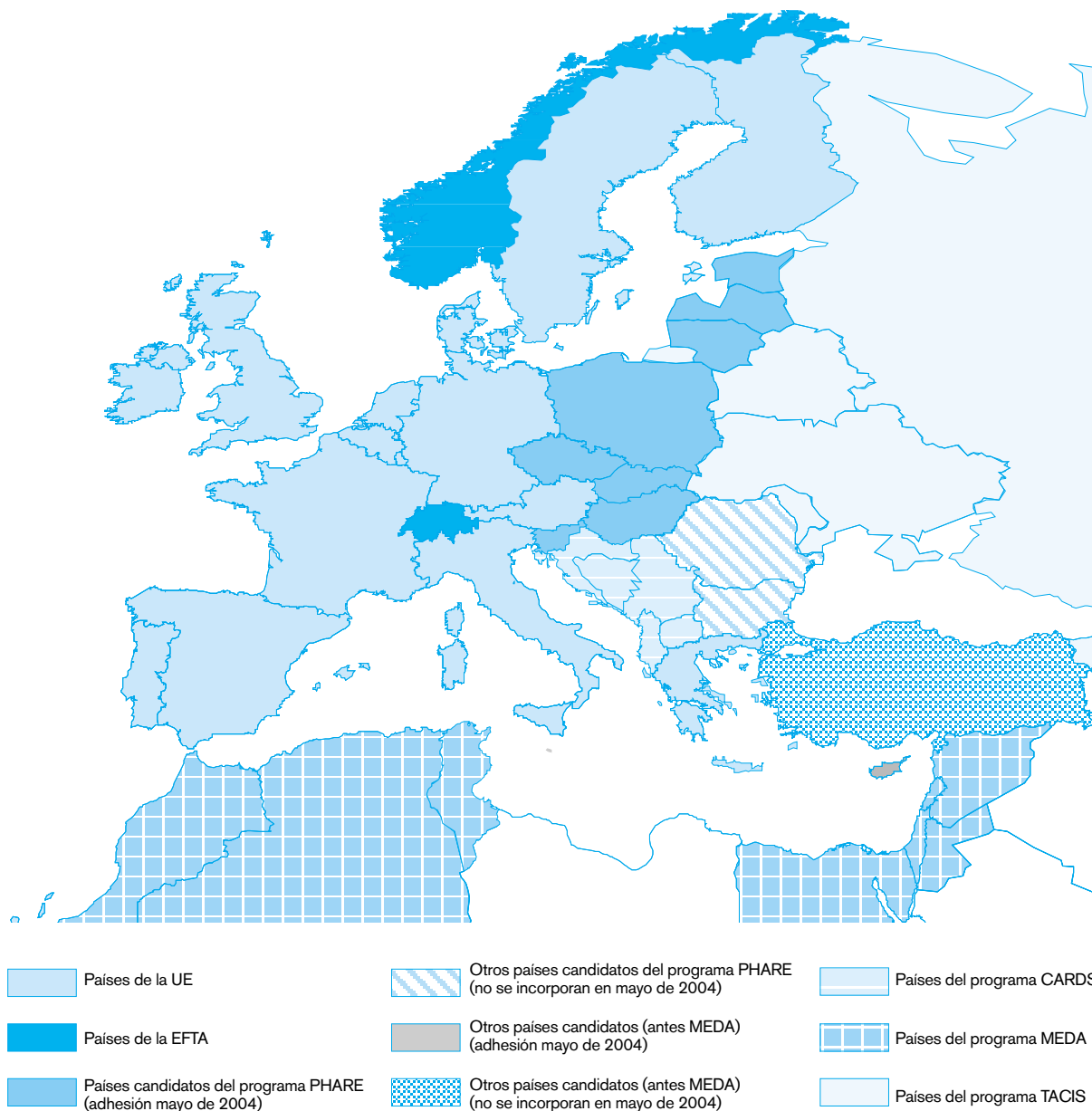
El principal reto económico del proyecto euromediterráneo para los países del sur del Mediterráneo consiste en la aceleración de su desarrollo económico. En efecto, la pregunta primordial que –implícita o explícitamente– se plantean los economistas y quienes toman las decisiones en dichos países es la de saber si Europa –por medio de sus políticas multiformes de cooperación y de ayuda– tiene la voluntad de conducir, de un modo continuado, a sus países por la vía de un desarrollo rápido y duradero. Estas personas contemplan la ampliación de Europa principalmente desde esta perspectiva.

Desde este punto de vista, los países del sur del Mediterráneo pueden percibir este acontecimiento como una desventaja a corto plazo y –o al menos así lo esperan– como una ventaja a largo plazo al mismo tiempo.

A corto y medio plazo, la Europa de los veinticinco puede percibirse como un inconveniente económico y financiero por varias razones. En primer lugar,

para los países del sur la ampliación europea puede significar la posibilidad de verse excluidos –por causa de la preferencia comunitaria–, al menos en parte, de los mercados de que actualmente gozan en el seno de la Unión Europea. Por otro lado, dichos países también sienten temor de que se repitan los mismos fenómenos que se produjeron con ocasión del ingreso en Europa de España, Portugal y Grecia. En efecto, por el propio hecho de la ampliación, las relaciones de los nuevos miembros de la Unión Europea con los países del sur cambiarán en detrimento de estos últimos y ello por dos razones. La primera consiste en que dichos países adquirirán una fuerza de negociación más importante que la que tienen en la actualidad en comparación con los países del sur, y la segunda, en que la ayuda masiva que les otorgará la Unión Europea hará que sus bienes y servicios sean más competitivos que los de los países del sur, los cuales, naturalmente, no hay duda de que no dispondrán de los mismos medios para modernizar sus respectivas economías.

En tercer lugar, los países del sur también temen la incorporación en 2004 de los diez nuevos países por razones económicas. En este sentido, algunos socios mediterráneos albergan el temor de que su cooperación con la Unión Europea –ya muy escasa respecto a sus necesidades– se vea perjudicada por causa de la ampliación, ya que a partir de esta última los nuevos miembros serán los primeros beneficiarios de los recursos de la UE. Ya entre 1995 y 1999 los PECO recibieron el 59 % de la ayuda exterior otorgada por la UE al conjunto PECO-PSEM, mientras que los PECO sólo representan el 31 % de la población de los dos conjuntos (Boudhiaf, 1999). Para el período 2004-2006, los diez países candidatos recibirán 40.400 millones de euros en concepto de subvenciones comunitarias; entre 1992 y 1998, los países del sur y del este del



Fuente: J.F. Deuret «Europe: les fonds communaires et l'élargissement», *Futuribles*, n° 282.

Mediterráneo recibieron 753 millones de euros a título de ayuda para el ajuste estructural. Respecto al número de habitantes, el sur recibe medio euro per cápita y el este 185 euros.

Pero si se la contempla a largo plazo, los países del sur pueden percibir la ampliación como beneficiosa, en la medida en que una Europa ampliada constituirá un mercado más importante y, por tanto, más próspero y, en consecuencia, con una mayor demanda de los productos mediterráneos. A medio y largo plazo, cabe pensar también que, tras su ampliación, Europa –debido al incremento de su prosperidad–

invertirá preferentemente en los países del sur del Mediterráneo, los cuales, después de todo, constituyen su área natural de expansión hacia el sur.

Pero para que esto se lleve a cabo, los países del sur tendrán que satisfacer ciertas condiciones: unificar sus mercados, y gobernar mejor sus empresas, sus Estados y sus economías. Y para que ello sea posible, asimismo será necesario que la Europa ampliada ayude –en su propio interés, claro está– a los países del sur a alcanzar unos ritmos de desarrollo más importantes facilitándoles la acumulación de capital. Esto tendrá que hacerse a través de diversos mecanismos.

Por una parte, la Unión Europea deberá estimular más a sus empresas para que inviertan preferentemente en los países del sur. Sin los consiguientes estímulos, las inversiones extranjeras provenientes de Europa no lograrán despegar. Por otra parte, será necesario abrir líneas de crédito a largo plazo y con un interés bajo para incitar a los empresarios del sur a invertir en sus propios países. El problema de la agricultura se presenta como una cuestión vital para los países terceros mediterráneos. En este sentido, parece evidente que debe darse una solución razonable al tema de la excepción agrícola en materia de libre intercambio.

A este respecto, y en cuanto a agricultura y alimentación, puede notarse que los países del sur –teniendo en cuenta su crecimiento demográfico– por razones estructurales son, y seguirán siendo, fuertemente deficitarios en productos básicos; es decir, en cereales, leche, aceites y azúcar. En este ámbito hay dos retos principales: la Europa ampliada tiene que afrontar el desafío de mantener sus cuotas de mercado en los países del sur del Mediterráneo, mientras que para estos últimos el problema radica en aprovisionarse al menor coste posible y en exportar tan sólo los productos respecto a los que gozan –o pueden gozar– de ventajas comparativas; es decir, frutas y verduras.

En cuanto a la producción agrícola, los países del sur consideran injusto y chocante el que Europa les imponga la excepción agrícola en materia de libre intercambio. Y aún consideran mucho más chocante el hecho de que no puedan obtener las divisas que necesitan para adquirir bienes de equipo, tecnología y una gran parte de los productos alimenticios básicos. Debido a las leyes europeas sobre inmigración, la exportación de su mano de obra no permite obtener dichas divisas. Por otro lado, la opción de las inversiones extranjeras –consideradas por ciertos sectores como la clave del desarrollo económico– no es demasiado positiva desde el momento en que llegan con cuentagotas. Por causa de su escasa competitividad, la exportación de bienes industriales no puede considerarse como la solución para la falta de divisas. Por último, asimismo parece evidente que la ayuda pública al desarrollo, que sigue siendo irrisoria, tampoco resolverá el problema.

Todo lo expuesto nos lleva a la siguiente conclusión: de la buena voluntad de unos y de otros dependerá el que se consigan optimizar las futuras relaciones entre la UE y los países del sur del Mediterráneo, a fin de llegar a un codesarrollo armonioso y beneficioso para ambas partes; un codesarrollo que reflejará la existencia de un Mediterráneo «lago de paz y de prosperidad».